



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS



100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂ por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería ecológica: el 100 % de las recogidas y buena parte de las entregas se hacen andando o en bici. Para las entregas que no se pueden hacer sin medios motorizados hemos elegido a la mensajería con el plan de reducción de emisiones más ambicioso para 2025.



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

LANZA TU PAN

ALICE RIVAZ

TRADUCCIÓN DE REGINA LÓPEZ MUÑOZ



errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2026

TÍTULO ORIGINAL: *Jette ton pain*

© Association Alice Rivaz, 2020

© de la traducción, Regina López Muñoz, 2026

La traductora da las gracias a la Fondation Pro Helvetia y al Collège International des Traducteurs Littéraires de Arlés por el apoyo y la hospitalidad que le prestaron para el desempeño de su tarea

© Errata naturae editores, 2026

c/ Sebastián Elcano 32, oficina 25

28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 979-13-87597-10-8

DEPÓSITO LEGAL: M-4511-2026

CÓDIGO IBIC: FA

IMAGEN DE PORTADA: *Soroll de fons*, 2025. Pintura de Guim Tió ©

MAQUETACIÓN: Jorge García Valcárcel

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial, siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

A Marcel Raymond

PRIMERA PARTE

«Las palabras nunca pueden ser un espejo perfecto de esa complejidad. Pero debemos utilizarlas, aunque sólo sea para que nos guíen hacia ese punto dentro de nosotros donde todo el universo concentra su luz en un centro ardiente».

GEORGE WILLIAM RUSSELL,

El canto y sus fuentes

Llega ya el momento de esta noche de diciembre en el que, desvelada en apariencia sin motivo, puesto que su oído entrenado e inquieto, siempre vigilante, no percibe al otro lado del fino tabique ni quejidos ni sospechosos arrastamientos de pies descalzos por las alfombras del estudio grande —ruidos que no puede oír sin que su corazón empiece a latir más deprisa, sin saltar de la cama con ansiedad para pegar la oreja a la pared (dios mío, ¿qué imprudencia, qué locura estará cometiendo ahora? Su obstinación de siempre, su senilidad de hoy)—, Christine piensa que seguramente serán las seis de la mañana, quizá incluso más tarde. Pero ¿cómo saberlo? Estas noches son tan largas que dan dentelladas a las mañanas; y tan negras, las más largas del año bajo un cielo aplastado, lastrado por unas nubes que penden sobre la ciudad desde hace semanas y derraman una especie de llovizna grasienta, húmeda, que el alba invernal no logra traspasar y que la cala hasta los huesos cuando espera el autobús para ir al trabajo.

El mes de diciembre fue también, en el otro extremo de la vida, el de las mañanas nevadas tras las cortinas, cuando se formaban grandes flores de escarcha en los cristales pequeños

de las ventanas; no había mucho carbón que echar a la única estufa que caldeaba tres habitaciones. Ya entonces estaba atenta al rumor de pasos en la noche, los mismos de hoy, cuán ligeros y vivarachos en aquella época, que creaban alrededor de su cama infantil un mundo sin sufrimientos ni amenazas, esos que ahora se posan fatigosos en la alfombra del estudio grande. ¿Cuándo no ha estado ella al acecho del rumor de los pasos? Hubo muchos otros a lo largo de las noches, de los días, de los años, pasos que se acercaban, se alejaban, se negaban a encaminarse hacia ella, pasos que ella temía, aguardaba, que hubiese querido acompasar con los suyos.

No falta mucho para que suene no ya el timbre del odiado despertador, cuyo incansable tictac, cuando aún empleaba este método, la mantenía alerta toda la noche, sino el del teléfono al que acabó recurriendo, más segura desde entonces de saltar a tiempo de la cama para dejar listas, o casi, las tareas de la casa que le corresponden antes de poner rumbo a la oficina, tarde, como siempre. Y cuando Christine se despierta así, en medio de la oscuridad, antes de que resuene el estridente teléfono, enciende la lamparita de su mesilla con el fin de agarrar fácilmente el auricular del aparato, siempre al alcance de la mano, encima del cercano baúl que contiene lo que ella considera a veces (¿cómo que «a veces»? ¿No debería decir más bien «siempre»?), lo que, de un modo excesivo, ella afirma es su tesoro, su razón para vivir, más en concreto para vivir «todavía». ¿La prueba? Se llevaría consigo, en caso de incendio o inundación, el contenido de ese baúl coronado por un espejo estilo Louis Philippe, mueble de época, el regalo más hermoso —el único, en verdad, de cierta importancia— que le hizo Puyeran; la consintió poco, Puyeran. Pues si no encendiera la lamparita y se quedara sumida en la oscuridad hasta que crepitase el teléfono,

se vería obligada a abalanzarse a ciegas sobre el aparato, y correría el riesgo de no interrumpir lo bastante rápido los timbrazos estridentes y reiterados como una horda desatada en el apartamento, que, por descontado, despertarían a su madre, en el caso, bastante improbable por lo demás, de que la pobre al fin hubiera conciliado el sueño durante ese lapso demasiado breve, justo antes de que amanezca, cuando su insomnio cede y suelen aplacarse sus dolores de espalda.

¿Qué hora es, en definitiva?

Habría que encender la luz para saberlo. Pero ¿dónde está la lamparita, la vieja lámpara de piano cuyo cable e interruptor suele encontrar sin dificultad? En otros tiempos, en Beauvallon, y luego en la rue de Bourg, aquel aparato se había encargado de alumbrar partituras y más partituras de sonatas, *suites* y conciertos que Christine —pronto hará cuarenta años— tocaba con alborozo en las horas demasiado escasas en las que no se le prohibía practicar, con tal de no ser objeto de la cólera de la anciana vecina de arriba, la señora Crételieu. «Hay que tener consideración hacia las personas mayores, cariño... Quizá no viva mucho más tiempo...».

¡Menuda suerte!, pensaba la niña contrariada que aún tardaría cincuenta años en ser vieja. Aquí está la lamparita, la señora Grave ha confeccionado varias veces la pantalla, habría que renovarle la tela de nuevo, que se cae a pedazos y no se sabe si es rosa o amarilla o sencillamente está grisácea por el polvo que se acumula en los pliegues, pero ¿de dónde iba a sacar Christine tiempo para encargarse de eso? Y aquí está el reloj, su viejo reloj de pulsera de oro, regalo que le hizo más de veinticinco años atrás un hombre con el que podría haberse casado «si ella hubiese querido», como había proclamado la señora Grave durante mucho tiempo para recalcar

ante las lenguas pérfidas («¿Cómo, señora Grave? ¿Que su hija todavía no se ha casado?») que, si Christine se había quedado definitivamente soltera («¿Cómo, señora Grave? ¿Que su hija no encontró a nadie? Con lo mona que era...»), no había sido porque le hubiesen faltado ocasiones. «Podría haberse casado con un ingeniero de caminos y hasta con un profesor de universidad... Mi hija prefirió ganarse la vida lejos de nosotros, siempre ha sido muy independiente, pero descuide, que pasa todos los fines de semana en casa, con sus padres... es una Niña tan Buena...».

Es cierto: cada sábado, en lugar de irse a la montaña o al lago con amigos, en vez de divertirse, bailar, flirtear, como todos sus compañeros de la oficina, ella cerraba su maletita y cogía el tren a Lausana para hacerles compañía a sus padres hasta el domingo por la tarde («Pero, Christine, qué insensatez. ¿Y qué pasa con tu juventud?»).

Bonito regalo, ese reloj escogido en la mejor joyería de la ciudad. Hizo mal en aceptarlo, como hizo mal en no rechazar de plano otros regalos de aquel muchacho con el que, de todos modos, no quería casarse. Y peor aún hizo al acompañarlo a Italia para asistir al festival de ópera Maggio Fiorentino y ver una exposición de Tiziano en Venecia. ¿Cuándo fue aquello? ¿Antes de la Guerra Civil española o después de la Comuna de Viena? Leer la prensa de la mañana era pasar de una masacre a otra, algo que no ha cambiado desde entonces. «Y en todo el viaje ¿no pasó nada?»; «¡Que no, Mathilde, te lo juro!»; «Bajo esa apariencia de buenaza eres más bellaca de lo que yo pensaba, porque, confíesalo, Christine, con otros no siempre eras tan arisca, a pesar de Puyeran...».

¡Ah! Cómo se acurrucaba, sus miembros de pronto retráctiles, cómo se envolvía en velos protectores cada vez que

algún amigo le hacía esa clase de preguntas. ¿Qué respuesta podría haber dado que no agravase su caso, que no sacara a relucir esa ambigüedad de conducta y de sentimientos que experimentaba a menudo hacia los demás y, sobre todo, hacia quienes Christine afirma haber amado más? Incapaz de afrontar nada, transigiendo con todo, buscando su camino personal de concesión en concesión, de derrota en derrota (en ocasiones, lo eran sólo en apariencia) por temor a hacer y a hacerse daño. «Esta niña es un Ángel...», decían de ella. «¡Ay, qué Niña tan Buena, que va a visitar a sus padres todas las semanas!» Al diablo el Ángel y la Niña Buena. ¿De verdad nunca sería capaz también ella de enseñar los dientes y dar portazos como todo hijo de vecino?

¡Pues no! ¡No! No había pasado nada (y con razón) durante aquellas vacaciones que su padre, que era de armas tomar, se había permitido —y no era de extrañar— juzgar más que sospechosas, a diferencia de su mujer, siempre tan cándidamente convencida de que su hija, como ella afirmaba, «no sería capaz de hacer nunca nada malo...».

—Con la educación que te hemos dado...

Y, sin embargo, en este caso concreto su padre se equivocó y su madre acertó, porque tanto uno como otra ignoraban las circunstancias ocultas de la vida de su queridísima hija, que mandaban desde el reverso de un decorado, las partes visibles expuestas a la vista de todos, con las invitaciones de Stéphane, los regalos de Stéphane, el relojito de oro regalo de Stéphane, el viaje a Italia jalonado de museos e iglesias barrocas, frescos y conventos, intercalado de meriendas en *alberghi* agrestes, sin olvidar los muy incómodos momentos, tanto para ella como para él, cada vez que al llegar a una nueva localidad, cual joven pareja que se dispone a pasar una noche agradable, entraban

en un hotel y solicitaban no una habitación, sino dos, y por favor que no estén comunicadas, especificaba ella al recepcionista estupefacto y aprobador, dedicando por añadidura a su acompañante una mirada firme, aunque un poco compungida, de tan visible como era la decepción del muchacho, en cada etapa mayor que en la anterior. Saltaba a la vista que la había invitado a tan hermoso viaje con la esperanza de que ella acabara —sol, vino, ágapes virgilianos con *fragole con limone*, rutas paradisiacas por Toscana y a orillas del mar mediante— metiéndose en su cama confiando en casarse con él lo antes posible. En cuanto regresaran del viaje. «¿Cómo, que no ha pasado nada...?». A su amiga Mathilde le costó creerlo.

Aquí está, por tanto, el reloj de pulsera de oro del delicioso Stéphane, chico simpático donde los hubiera, más joven y más apuesto que ese Puyeran que, sin embargo, ella prefirió. No ha dejado de latir en su muñeca, ciñendo una vena cada vez más visible, modelada a flor de piel a medida que transcurren los años. Qué fácil resultaría clavar la punta de sus tijerillas para las uñas si perdiera las ganas de vivir o simple y llanamente considerase razonable retirarse con elegancia antes de sufrir las últimas degradaciones del cuerpo y el alma. Estuvo a punto de hacerlo en alguna ocasión. Hace treinta años, porque Puyeran decidió casarse con Olga; hace veinte años, porque Pierre Urtaise, una vez más, había jugado a las estrellas fugaces. Y por último, hace diez —o sea, ayer, como quien dice—, porque Pierre Romancelli, al regresar de Nueva York (desde donde apenas le había escrito unas pocas postales durante su larga estancia en Estados Unidos, lo que le había parecido un mal augurio): «Christine, la “amistad” ha atravesado la ausencia...», palabras que ella había traducido inmediata y admirablemente como:

«Christine, he dejado de amarla...», o incluso: «Hay otra mujer en mi vida...».

Este reloj ha marcado todas sus horas desde hace más de treinta años, las que tuvieron poca importancia, las que carecieron de ella, y también las demás. En este preciso instante, las agujas marcan aún la una y media de la madrugada, como si Christine hubiese olvidado darle cuerda antes de acostarse hace apenas dos horas. ¿Funciona, sí o no? Sí, distingue contra su oído el tictac regular. En perfecto estado a pesar de las adversidades, los baños en el mar y los golpes, a pesar de los miles de millones de segundos que han transcurrido, raudos y sin descanso, cada uno de los cuales desemboca sin remedio en el siguiente, a los que ella no ha dejado de estar atada en el camino del Tiempo, en los límites angostos asignados para ella por su identidad estrictamente pormenorizada y determinada. Un reloj excelente, elegido mucho antes del viaje a dos por aquel muchacho pueril y tenaz que sólo al cabo de diez años de necia esperanza, de aberrante confianza en ella, renunció a subyugarla, justo al término de aquella escapada que, por fin, le abrió los ojos.

Así pues, Christine se ha equivocado, hasta ahora apenas si ha dormido una hora de nada, y tiene toda la noche por delante para brindar descanso a su cuerpo nunca lo bastante relajado, nunca lo bastante descansado, para tratar de esquivar el insomnio que la acecha cuando a esta hora todavía no ha conciliado el sueño.

No sin antes averiguar cueste lo que cueste qué ocurre al otro lado del tabique, aunque su madre le haya prohibido molestarla durante la noche y ejercer sobre sus acciones y gestos lo que ella denomina «una vigilancia intolerable», añadiendo en cada ocasión: «Además, Christine, siempre seré tu madre,